

Mentiras

Paco Ariza

Jaime tenía una férrea voluntad: todo lo que su imaginación había pensado acababa llevándolo a la práctica. Era un maestro ejemplar, querido y admirado por compañeros, alumnos, padres y madres, más por madres que padres, bien es verdad. Siempre atento, pendiente del buen trabajo, escrupuloso, colaborador y tranquilo, muy tranquilo.

Este inicio de curso, Jaime andaba desconcertado pues había situado sus esperanzas políticas en Madrid, reminiscencias de su pasado militante. Pensaba que a partir de Madrid, España.

Pero mayor desconcierto encontró en el aula, donde a cada explicación suya un alumno nuevo, en tono serio y acusativo le decía “mentira”, para después seguir preguntándole por el tema de forma inquieta e interesante.

Jaime trató de corregir aquella extraña muletilla sin conseguirlo. Preocupado, habló con la orientadora del centro, que remitió el asunto al equipo decidiendo observar al niño. Concluyeron que dicha muletilla respondía a un rechazo hacia el sistema escolar. Intervino la Inspección, la directora del centro estaba preocupadísima.

En otros centros comenzaron a darse casos similares, causando en la Inspección una preocupación considerable. Las “mentiras” se extendían y las autoridades educativas, consejero y ministra intervinieron porque aquella muletilla podía llegar a minar la credibilidad del sistema. Acaso se encontraban ante una hornada de futuros ciudadanos extremadamente críticos o mentirosos. ¡Había que cortar de raíz aquella pegadiza muletilla!. El propio consejero, hablando de inversiones, de escolarización, de plantillas, también decía mentiras. La ministra se sumó al clan de los mentirosos. El Gobierno se vio obligado a intervenir.

La policía científica, haciendo gala de su meticulosidad y rigor, investigó las posibles causas que habían hecho surgir entre los adolescentes aquel comportamiento anómalo. En su informe, concluía que su origen estaba en cientos de hogares españoles donde como reacción defensiva a los discursos políticos y noticias de igual índole en las diversas cadenas televisivas, sus mayores arremetían de forma airada esgrimiendo improperios e interjecciones aquí innombrables. Los chicos preguntaban a sus progenitores el porqué de su enfado, a lo que los éstos respondían: “Eso son mentiras”.